

Papá Hombre de las Cavernas

Hace mucho, mucho tiempo los ancianos solían vivir muchos años. En un país lejano, había un rey que promulgó una ley que decía que cuando una persona anciana alcanzaba los 100 años, sus hijos tenían que encerrarlos en una cueva con muy poca comida y bebida. También tenían que sellar la entrada y dejarlos morir allí.

Había un joven que tenía un vínculo muy especial con su padre. Cuando su padre cumplió 100 años, el joven no pudo soportar la idea de encerrarlo, pero también sabía que la ley del rey tenía que ser respetada. Así, el joven escoltó a su padre a una cueva, le dio algo de comer y beber y selló la entrada. Sin embargo, dejó dos pequeños huecos: uno en la parte superior para el aire, y uno en el fondo para la comida. Cada mañana el joven pasaba por la cueva con su rebaño de ovejas y dejaba un poco de leche, un poco de pan y un poco de queso. Así es como su padre logró sobrevivir.

Después de algún tiempo el rey aprobó otra ley: nadie podía plantar sus cosechas en sus campos antes de trabajar los campos del Rey. El joven estaba muy preocupado cuando oyó esta noticia porque el rey poseía muchos campos. ¿Cómo iba a cuidar sus propios campos y los del rey?

“Tengo una idea”, se dijo a sí mismo. “¡Voy a preguntarle a mi padre!” Y así al día siguiente, después de entregar la comida, le contó a su padre su problema.

“Esto lo que tienes que hacer”, respondió su padre. “Ve a comprar una vaca y un buey. Con ellos puedes arar los campos más rápido. ¡Por la mañana, puedes arar los campos del Rey y por la noche puedes arar los tuyos!”

El joven dio las gracias a su padre e hizo lo que le dijo. Compró una vaca y un buey, y gracias a ellos logró arar todos sus campos por la noche. Sus cosechas comenzaron a crecer al mismo tiempo que las cosechas del rey. Las noticias viajaron rápidamente y cuando el Rey lo descubrió, llamó inmediatamente al joven muchacho.

“¿Cómo puede ser que tus cosechas coincidan con las mías?”, preguntó el rey.

“Es todo gracias a la vaca y al buey que he comprado”, contestó alegremente el joven campesino.

El Rey no dijo nada, y hablando c hablando con’

on'

sí mismo dijo: “Es un chico muy brillante. Vamos a ver hasta dónde puede llegar con esto” Luego se volvió hacia él y dijo: “¡Hagamos una cosa: mañana vuelve aquí desnudo, pero vestido!”

El joven no lo entendió. ¡Oh no! ¿Cómo iba a volver al rey desnudo pero vestido al mismo tiempo? De repente se acordó de su padre y se dirigió a la cueva para contárselo todo.

“No te preocupes, hijo mío”, respondió su padre. “Siéntate en una gran red de pesca y envuélvela completamente a tu alrededor. ¡Irás desnudo, pero también vestido!”

El joven durmió tranquilamente esa noche y al día siguiente fue a encontrarse con el Rey vestido con una red de pesca. Todos los nobles de la corte gritaron de risa, pero al mismo tiempo admiraron también el conocimiento del joven en cuanto lo vieron venir vestido así. El Rey sonrió también, pero no quiso darse por vencido.

“Bien hecho”, dijo el Rey, “eres bastante inteligente. Mañana quiero que vuelvas a mí otra vez, con zapatos, pero también descalzo”.

Esta vez el joven no se lo pensó dos veces. Fue directamente a la cueva a por el consejo de su padre.

“Esto es fácil”, respondió después de que su hijo le explicara el problema. “Coge un par de zapatos y arráncales la suela. Así llevarás puestos zapatos, pero también irás descalzo”.

El joven hizo lo que dijo su padre y al día siguiente regresó al rey llevando zapatos sin suela. Cuando el rey lo vio llevando puestos un par de zapatos, se echó a reír.

“Ah, esta vez has perdido”, dijo el Rey. “Puedo ver que llevas zapatos puestos y si los llevas puestos, sólo puede significar una cosa; no estás descalzo”.

“Mi Rey, ¿puedo mostrarle mis pies?”, preguntó el joven.

El Rey bajó la cabeza y rápidamente el joven levantó su pie hacia el rey y hacia todos los que le estaban mirando.

Todo el mundo empezó a reír mientras otros empezaron a aplaudir. El rey estaba asombrado con el conocimiento del joven campesino.

“Voy a hacerte una prueba final”, dijo el rey después de un rato. “Quiero que vuelvas a mí montando y caminando al mismo tiempo”.

El joven saludó al rey y salió camino a la cueva corriendo.

“Esto es lo que tienes que hacer”, respondió el padre. “Encuentra una pequeña mula, en la que te puedas montar, pero en la que también tus pies puedan tocar el suelo. Así es como estarás montando y caminando al mismo tiempo”.

Alegremente, hizo lo que le dijo el padre y al día siguiente se presentó ante el Rey montado en una pequeña mula. Todo el mundo empezó a reírse, incluso el propio Rey.

“Acércate, joven”, dijo el Rey dulcemente. “Nadie puede estar a la altura de tu inteligencia. Dime, ¿cómo te has vuelto tan inteligente?”

“Gracias a mi querido padre”, respondió rápidamente el joven.

“Entonces, ve a buscar a tu padre”, dijo el rey. “¡Quiero conocerlo y felicitarlo!”

"No puedo mi Rey", respondió mientras caía de rodillas. “Mi padre está situado en una cueva de la muerte”. Y con lágrimas corriendo por su rostro el joven campesino describió toda la situación acerca de cómo tuvo que enterrar a su padre en una cueva para obedecer la ley del Rey, y cómo también lo mantenía vivo dejando dos huecos para aire y comida.

Con estas palabras, el Rey se levantó de su trono y exclamó a todos los que lo rodeaban:

"A partir de ahora decreto que nadie más enterrará a sus padres vivos en una cueva. Pueden ser inservibles, pero seguramente puedan ofrecer valiosos consejos”.

Encantado, el joven se apresuró a la cueva, liberó a su padre y ambos vivieron felices juntos para siempre durante muchos años más.